

pudo conservar por mucho tiempo: un vaso de plata que habia escapado á sus liberalidades, al fin cayó en sus manos y fué la limosna que se dió á un pobre vergonzante.

Con igual empeño velaba por las necesidades espirituales de su rebaño. Visitaba frecuentemente su obispado cuidando que los curas cumpliesen con su ministerio. El mismo daba el ejemplo predicando no solo en su catedral sino en todos los pueblos, confesando á cuantos lo solicitaban, y administrando la confirmacion sin manifestar enfado por mucho que fuera el concurso de gentes que acudian á recibir este sacramento. Cuidaba con especial esmero del esplendor del culto divino, proveyendo de ornamentos y vasos sagrados á muchas de las parroquias de su obispado.

9.—Durante su visita pastoral, hallándose de paso por Tehuantepec, le pidió audiencia una india principal de aquella villa. Era nieta del último rey de los zapotecas, heredera legítima por la sangre y por las leyes de sus mayores del trono de sus padres, y se llamaba Doña Magdalena Cosijopii. Era discreta, sinceramente cristiana y tan respetada de los que deberian haber sido sus vasallos, que aún le doblaban la rodilla, sin atreverse á mirarle el rostro, cuando andaba por la calle. La noble india se presentó con el esplendor y majestad de los antiguos reyes, y despues de los primeros saludos, hizo algunos esfuerzos para hincarse ante el obispo, cosa que no permitió el respetable prelado. Doña Magdalena se proponía en aquella entrevista agradecer cordialmente, como lo hizo con excelentes razones, las fatigas que se tomaba el Sr. Alburquerque en beneficio de los suyos: para mostrar mejor su reconocimiento, le ofreció unas muy bellas pieles, gran cantidad de ricas plumas y algunos vasos llenos de valiosas joyas de oro. El señor obispo recibió las pieles, suplicando á la india repartiéndose las alhajas entre los necesitados. Este generoso desprendimiento acabó de cau-

tivar el corazon de la cacica y el de otras doscientas personas principales que formaban su acompañamiento.

Era digno en efecto el Sr. Alburquerque de la gratitud de los indios por el tierno amor que les profesaba, no dispensándose para su bien trabajo alguno; tanto que en cierta ocasion, no vaciló un momento en salir de la ciudad, sobre una mala cabalgadura, sin acompañamiento alguno, por asistir en Huitzo al matrimonio de un pobre indio que deseaba tener ese gusto.

10.—El rey de Tehuantepec vivia aún, cuando el Sr. Alburquerque visitó aquella poblacion. Estaba anciano, y los antiguos y funestos anuncios relativos á su persona, que se habian ya comenzado á verificar, estaban próximos á recibir el más perfecto complemento. Pacíficamente habia cedido su corona en favor del rey de España. Su bautismo habia sido un gran acontecimiento para todos sus Estados: aún brilló en esta ocasion con la majestad de los reyes; pero todas las cosas de la vida son inestables, y pronto se reconoció la exactitud de esta máxima en perjuicio del nuevo creyente. D. Juan Cortés Cosijopii poseia, procedentes de los tributos de sus vasallos, grandes riquezas, que distribuia con magnífica liberalidad entre los mismos tributarios. Privado del reino, se vió en la imposibilidad de continuar sus cuantiosas dádivas: esto fué lo que comenzó á producirle sinsabores. Es verdad que Cortés le habia dejado algunos bienes de fortuna; pero eran éstos tan escasos, que apénas bastaban para mantener á su escasa familia y servidumbre, y aun esto de un modo poco digno de su antigua grandeza y esplendor. Todavía fueron, sin embargo, reducidas posteriormente por los vireyes sus escasas rentas, en términos de no poder satisfacer con ellas las necesidades primeras de la vida. ¹ Los pueblos, que vie-

¹ En 1555, D. Luis de Velasco, confirmando una resolucion dictada el año anterior por el visitador del marquesado del Valle, Dr. D. Antonio

ron á su rey en tales estrecheces, sin obligacion de tributarle, pues lo hacian al nuevo monarca que les habian impuesto los invasores extranjeros, voluntariamente sin embargo le hacian obsequios de valor. Semejantes recursos son por su naturaleza precarios, herian además la nativa altivez del monarca destronado, y en fin, despertaban la suspicaz envidia de los conquistadores. Para evitar lo último, Cosijopii recibió aquellos dones tan ocultamente, que durante algunos años nadie se apercibió de ello.

El trato frecuente con sus fieles súbditos, idólatras todavía en su mayor parte, le recordaba sus glorias pasadas, obligándolo á mirar con desagrado su abatimiento presente. Tal amargura de ánimo lo preparaba para la apostasía, á la que vino á determinar un acontecimiento imprevisto. No pudiendo ya ejercer sus funciones los sacerdotes de Mitla en el santuario de este nombre, que habia sido invadido por los españoles, se trasladaron con sus ídolos á la corte de D. Juan: el *Huijatóbó*, es decir, el gran atalaya, el que lo ve todo, el sumo sacerdote de los zapotecas, y los *Copavitóbó*, es decir, los guardianes de los dioses y ministros subalternos del culto, se presentaron en el palacio y le pidieron amparo en la desgracia. D. Juan no podia hospedar á los viejos dioses en su casa sin traicionar las promesas de su bautismo; mas por otra parte, su noble corazon re-

Rodriguez de Quesada, redujo á cien pesos la renta anual de D. Juan Cortés. El mandamiento del Dr. Quesada dice así: "Han de dar los del pueblo de Teguantepec y sus sugetos á D. Juan Cortés cacique y gobernador de sobras de tributos cien pesos de oro comun cada año, la mitad por navidad y la otra mitad por Sn Juan de Junio de cada año y no le han de dar otra cosa alguna ni comida ni servicio ni sementera, ni el lo lleve aunque se lo den de su voluntad so pena que lo pague con el doble para los gastos del monasterio y de suspencion de encargo y oficio por el tiempo que fuere la voluntad del Illmo Virey de esta Nueva España y con esta tasacion se dan por ningunas todas las tasaciones que estan hechas &" (Archivo nacional, vol. 4, fol. 140, vuelta).

sistia el rechazar á los fugitivos sacerdotes, tan respetados en otro tiempo y tan desgraciados y perseguidos en la actualidad. Se resolvió á recibirlos, destinando á los ídolos un salon poco frecuentado de su palacio. En él, á la media noche, rodeados del pueblo que ocultamente entraba, los sacerdotes continuaron ofreciendo los acostumbrados sacrificios.

11.—Por más que parezca increíble, semejantes idolatrías permanecieron secretas algunos años, ni acaso se hubieran descubierto sin la codicia de un español. Deseaba éste ser partícipe de las liberalidades de D. Juan, que se habian hecho famosas. Como no era frecuente que Cosijopii repartiese sus riquezas entre los conquistadores, no creyendo el español que le faltasen cuadales suficientes, quiso entender, que por una predileccion muy natural, solo á los suyos quisiese dispensar sus favores: por lo que, ya que no por la benevolencia del monarca, por el engaño y la astucia quiso lograr sus deseos. Observando cuidadosamente que de noche se dirigian á la deshilada muchos indios á la casa de D. Juan, y juzgando llegado el momento de alcanzar las ambicionadas reales dádivas, se acomodó al cuerpo un vestido de los que usaban los tehuantepeques, y con el auxilio del idioma zapoteca que poseia, escurriéndose por las cuadras más oscuras, pudo entrar en el palacio del cacique, como si fuese indio. Sus esperanzas no fueron satisfechas, pues no le alcanzaron las liberalidades de D. Juan, que muy léjos estaba de repartir riquezas en aquellos momentos; pero presenció el ceremonial del culto que se tributaba á los dioses. Poseedor de un secreto importante, presumió el español que si sabia guardarlo, tenia hecha su fortuna. Su silencio, sostenido por el interes y no por moralidad, no podia ser largamente duradero: así fué que, por algunas palabras suyas relativas al descubrimiento que habia hecho, el vicario del lugar, que lo era entónces Fr. Bernardo de Santa María,

llegó á concebir sospechas vehementes de la fidelidad religiosa del cacique.

Por motivos más honestos, pero con no ménos fuerte determinacion, quiso el religioso esclarecer los misterios que D. Juan ocultaba en su palacio. Al intento se sirvió del fiscal, indio que le era muy adicto, instruyéndolo suficientemente sobre las cautelas que habria de usar para no ser conocido. Conocedor por este medio, y sin abrigar ya dudas sobre la apostasía del cacique, para proceder contra él en justicia, solo faltaba sorprenderlo en el momento de perpetrar el delito, cosa fácil, puesto que se sabia perfectamente la hora y el lugar de sus idolatrías. Fr. Bernardo, pues, señaló dia; citó al alcalde mayor; convocó algunos otros vecinos principales que sirviesen de testigos; se previno con bastante gente de armas, y cuando fué oportuno, seguido de todos, á la media noche se dirigió á la casa de D. Juan. Todo se verificó á la medida del deseo. Al recorrer las cuadras del palacio, por la luz que se proyectaba desde ciertas ventanas, descubrieron el lugar de la ceremonia. Por las mismas ventanas pudieron contemplar á placer lo que pasaba en el interior del salon. Sobre un elevado altar se erguia el ídolo resplandeciendo con multitud de antorchas: á sus piés D. Juan, revestido con blanca túnica y ceñida la frente con una riquísima mitra, desempeñaba las funciones de sacerdote principal. Los *vijanas* (niños de servicio) tomaban del pueblo los pavones y demás víctimas y las llevaban á los ancianos sacerdotes de Mitlan, quienes luego las degollaban, enrojeciendo las manos con su sangre. Los braseros y sahumadores ardian tambien, esparciendo por el salon el fragante humo del copal. Por en medio de todos se abrió paso el fraile, adelantando con aspecto grave seguido de los españoles, hasta llegar cerca del altar. La sorpresa fué tan general y completa, que ninguno pensó en hacer la menor resistencia ni en huir siquiera. Los seis ancianos sacerdotes fueron con-

ducidos por el alcalde á la cárcel, y D. Juan, por Fr. Bernardo, al convento.

12.—El religioso rodeó al noble preso de atenciones y cuidados, ni podia ménos, pues entre otros motivos tenia el muy poderoso de la gratitud: D. Juan habia empleado los restos de su antigua fortuna en construir el templo y el convento magnífico de Tehuantepec, aquel mismo convento que le servia entónces de prision. Entre ambos sostuvieron largas conversaciones, empeñado el religioso en que renunciara sus ídolos y abjurara sus errores el preso, quien más de una vez expresó la presuncion que habia concebido de que pagando el tributo y dando á los españoles bastante oro, lo dejarian vivir en paz con sus groseras divinidades.

Como era de esperarse, la noticia de la prision del rey produjo entre los indios viva sensacion, no solo en Tehuantepec, sino á largas distancias, desde donde acudian en tropas, lamentando la desgracia, y tomando á veces una actitud amenazadora. Un dia se presentó una gran muchedumbre, mezclados hombres, mujeres y niños, delante del convento, pidiendo con voces y alaridos que les fuese devuelto su señor. Los vecinos españoles tímidos y los monjes andaban confusos sin saber qué determinacion tomar: el aspecto de los indios no inspiraba confianza y todos se persuadian que aquella escena terminaria con sangre. En tal angustia, Fr. Bernardo se apersonó con D. Juan y le significó los desórdenes que habia él ocasionado con sus idolatrías y los mayores que eran de temerse, si la muchedumbre no era contenida oportunamente, manifestándole al mismo tiempo la resolucion en que estaba de morir ántes que soltarlo, hasta que se hubiese enmendado y cumpliera las prescripciones del Illmo. Sr. Alburquerque á quien ya se habia mandado aviso. D. Juan escuchó con tranquilidad al religioso y le contestó con entereza: "Sacerdote, yo he

sido padre para mis vasallos: ellos no se manifestarian mis hijos, si viéndome ayer rey y hoy un miserable prisionero, no me compadecieran ni tomaran parte en mi dolor. Si yo, á quien temieron tantas naciones poderosas, me encuentro de esta suerte oprimido, á pesar de haber cedido mi trono á vuestro rey, ¿qué deben esperar mis súbditos en el porvenir? Pero, vamos, hablaré á mis vasallos, y ellos me obedecerán y templarán la ira de sus pechos."

Rodeado, pues, de religiosos, fué conducido al patio de la iglesia, en donde cargaba el mayor número de gente, la que al ver á su señor, redobló sus voces y clamores, expresando su dolor de modo que enternecia. A una señal de D. Juan todos callaron, pudiéndose oír distintamente que les decia: "Conozco la fidelidad, la gratitud y el amor de mis vasallos, de quienes espero no quieran agravar mis penas; hace muchos dias os anuncié, que acabarían los reinos y señoríos de esta tierra con la venida de unos extranjeros que á su dominacion nos tendrían sujetos. Esta fué determinacion de lo alto á la que no era lícito resistir: ya se ha cumplido. Yo tengo ánimo para sobrellevar el peso de mi desgracia, que bastante suaviza la bondad de estos sacerdotes (los frailes): nada remediareis vosotros con vuestros clamores; ántes bien, si algunos excesos cometeis, quedará empeorada la condicion en que vivo, y vosotros mismos reportareis castigos que colmarán la medida de mis sufrimientos. Obedeced, pues, y aquietaos." Acabando su razonamiento, se volvió á los religiosos y entró al convento, dejando á los indios mudos, pero llorosos.

13.—El intento de los regulares era convencer á D. Juan de sus errores, precaver la trascendencia de su mal ejemplo con alguna pena ligerísima pero pública que le impusiesen, y restituirlo al goce de su libertad y merecidas consideraciones. A este fin, el obispo Sr. Alburquerque envió dos religiosos de reconocida prudencia, Fr. Juan de Mata

y Fr. Juan de Córdova, para que sumariasen al reo, haciendo resaltar en el proceso más bien las condescendencias de la caridad, que el rigor de la justicia; pero al notificarle la comision, recusó á los dos jueces, así porque el obispo era su amigo, como porque siendo rey (así dijo) el conocimiento de sus negocios tocaba á la corona de Castilla, á la que se habia sometido. Libre de la jurisdiccion eclesiástica con esta excepcion declinatoria, se vió precisado á defenderse ante la audiencia, de la que obtuvo, despues de negociar un año entero con grandes gastos, sentencia definitiva que lo condenó á perder sus pueblos, oficio y rentas. Al regresar á su país, de paso para NeJapan, un ataque de congestion cerebral lo llevó brevemente al sepulcro. Los vasallos le conservaron hasta última hora el amor que siempre le profesaron: en su viaje á México fué honrado por todos los pueblos del tránsito: los españoles mismos lo respetaron, así por su noble origen como por las excelentes cualidades de su persona. En México dió muestras de arrepentirse de su apostasía y en NeJapan llamó á los sacerdotes para reconciliarse con el catolicismo luego que se sintió enfermo; la muerte se anticipó, y falleció ántes de poder recibir los últimos sacramentos. ¹

Los jueces eclesiásticos sustanciaron la causa de los otros seis delincuentes que habian sido sacerdotes de Mitla: los hallaron impenitentes y los entregaron al brazo secular. Todos fueron ejecutados en solemne auto de fé, en que se presentaron con las insignias de los juzgados por el tribunal de la Inquisicion: sogas, corazas, velas negras y azotes ó disciplinas en las manos.

Fr. Bernardo de Santa María no quedó contento de su obra. La duda se apoderó de su espíritu y no quiso desampararlo nunca. Disputaba frecuentemente consigo mismo, si no habria sido acertada su determinacion de sor-

¹ Burgoa, 2ª parte, cap. 72.

prender á D. Juan en su palacio, y si hubiera sido más conforme á la gratitud que le debian, usar para su conversion otros remedios más suaves; y aunque se excusaba con las amonestaciones privadas que le había hecho, y principalmente con la suma importancia de la honra del verdadero Dios, que padecería con aquellas torpes idolatrías, si su extirpacion se retardaba por una condescendencia sin duda culpable, todavía su conciencia no se aquietaba. El trabajo continuo, empleado siempre en bien de los indios, solía distraerlo; pero en medio de sus fatigas le asaltaba la memoria amarga de los tristes acontecimientos pasados. Aquejado por el remordimiento, llegó á perder la salud, por lo que hubo de pasar á Jalapa, esperando restablecerla con el cambio de clima. Allí murió. Los indios habían recibido tantos bienes del religioso, que olvidaron sus resentimientos pasados y abrieron ancho campo en su corazón al amor. Sintieron con extremo su separacion de Tehuantepec, y ya muerto, recogieron su cadáver para darle honrosa sepultura.

¿Cometió una falta en no disimular las apostasías del rey de Tehuantepec? ¿No será suficiente excusa para la historia el temor fundado de escándalo de un pueblo entero, que á ejemplo de su señor, opondría sérias dificultades á la civilizacion y al cristianismo, que continuaria en sus costumbres supersticiosas é idolátricas si no se les extirpase, aunque con un golpe rudo y sensible? Decídalo otro.

Pero si el fraile cometió una falta, por lo ménos es cierto que la expió con su remordimiento y dolor, que lo reparó con su beneficencia y abnegacion en favor del pueblo ofendido, y que al fin mereció una sepultura honrosa ¿Qué excusa tendrían los ministros y jueces reales, á quienes no guiaron tan nobles motivos? ¿No había sido espontánea la abdicacion de Cosijopii? ¿No había cedido su reino á los españoles? ¿Su conducta no había sido siempre leal hácia ellos? ¿Por qué, pues, la Audiencia lo redujo á tan miserable estado?

La noble hija de Cosijopii, Doña Magdalena, aun despues de la prision de su padre, acallando la voz de su resentimiento, donó á los dominicos las salinas de Tehuantepec, sus huertas, es decir, un parque de árboles frutales de media legua de extension; sus baños de recreo que eran unos manantiales de agua cristalina que regaba los árboles frutales del parque y formaba un hermosísimo estanque, en un lugar, á cuatro leguas de la villa, llamado "Loayaga," y en fin, fundó en beneficio del convento productivas capellanías.

Además de Doña Magdalena tuvo Cosijopii dos hijos legítimos, D. Felipe y D. Hernando Cortés, quienes por 1563 habían ya sucedido á su padre en el gobierno de Tehuantepec. Sin el ascendiente ni los talentos de Cosijopii, sin la superioridad que da el recuerdo de gloriosos hechos personales; sin otro poder que el muy mezquino que los españoles concedían á los gobernadores de indios, D. Felipe y D. Hernando fueron poco respetados y mal obedecidos por sus súbditos. Sus descendientes quedaron olvidados entre el pueblo. Una hija bastarda de Cosijopii fué constantemente amada por los tehuantepecanos.¹

Tehuantepec, desde el año de 1550 hasta 55, estuvo sujeto á la provincia de dominicos de Chiapa, volviendo en este último año á la de Santiago de México. En el capítulo provincial habido en Yanhuitlan en 1607 fué erigido en priorato.

¹ Todas estas noticias están tomadas de Burgoa, 2ª par., caps. 72 y siguientes.